

DE LA MODERNIDAD A LA NEOMODERNIDAD

LUIS RAFAEL
Universidad de La Habana



Ha sido Federico de Onís uno de los primeros ensayistas en proponer una periodización contemporánea y abierta del Modernismo. Apreciaba una primera etapa estampada por la transición del Romanticismo al Modernismo (1882-1896) y por la vida y la obra de Martí, Nájera, Casal, entre otros autores de su primera generación. Con el influjo de Darío y sus viajes a Europa, el momento de triunfo de la nueva estética, más allá de las fronteras hispánicas (1896-1905), etapa en que se sumarían Unamuno, Manuel y Antonio Machado, Pérez de Ayala, etc. El tercer momento tendría como figura central a Juan Ramón Jiménez y el llamado “posmodernismo” (1905-1914), caracterizado por el regreso al primer Modernismo ya que supuso un retorno a la sencillez lírica, el intimismo y el prosaísmo. Una cuarta transformación daría lugar al Ultra-Modernismo o transición al Ultraísmo...

La contemporaneidad hace Luz. Presagió Juan Ramón Jiménez un “siglo modernista” y desde este hoy el ayer no resulta fragmentario sino dialéctico, inmerso en una trayectoria espiral. Apreciamos que desde la década de 1880 hasta la década de 1980, el Modernismo hispanoamericano evolu-

ciona, se transforma, asciende. Iniciado con las crónicas de Martí y su libro *Ismaelillo* de 1882, hallará continuación en Darío y la literatura de fines del siglo XIX y las décadas iniciales del XX. Aparentemente difunto durante el auge de las vanguardias, extrema su vertiente formalista (y narcisista) hasta el hastío y rápido regreso, en la posvanguardia, a la significación y al prometeico compromiso. Entre la década de 1940 y la de 1980, se produce una nueva interiorización, caracterizada por el intimismo, el regreso a modos del Romanticismo, el Barroco, el Parnasianismo, el Surrealismo y a la literatura social o política.

La conquista de la Modernidad, la búsqueda de un lenguaje coloquial, contemporáneo, sugerente y sugestivo, desde diferentes posturas ideológicas, continúan siendo ideales para el arte. Se da cuerpo a una identidad hispánica, común e ideal, al tiempo que se desandan los senderos del versolibrismo y el prosaísmo, los viejos moldes, la prosa realista existencial, costumbrista o universalista, la fantástica que deriva en subgéneros como la ciencia-ficción. Al cabo de tanto sueño esgrimido por el arte, no será hasta fines del XX que se imponga la frustración ideológica, la conciencia de que las utopías parecen inalcanzables, la desjerarquización de la cultura y la certeza de un nuevo vacío, de una soledad y un desvalimiento, que recapitulan el pensamiento medieval y su anulación del artista.

A fines del pasado milenio, se produce un cambio ideológico significativo por primera vez en el pensamiento intelectual y en la proyección del arte. Los escritores sucumben a la frustración, la utopía del desarrollo industrial deja de ser una lejana y difícil meta en una región ininteresante, desdeñada por pertenecer a un futuro muy lejano en tiempos de presentismo. Parece entonces que se reniega de la utopía de la Modernidad, sin que se agote su proyecto. Los escritores del llamado “tercer mundo” sabiéndose sumidos en el subdesa-

rollo, llegando siempre tarde o en desventaja, reniegan de la Modernidad como ideal. Las metas sociales se alejan o hacen inalcanzables. Las sociedades de Hispanoamérica continúan atrasadas, raquílicas, submodernas. De ahí que hablar de Posmodernidad en Hispanoamérica haya sido, y sea, un sinsentido, incluso en el terreno artístico. Pasada la catarsis y el decaimiento, sobrevendrá, en cambio, la esperanza en el futuro, no de la máquina, la tecnología y el confort sino de la solidaridad, de construir, al cabo de obstáculos que parecían insalvables, un mundo más digno y justiciero. La nueva etapa, de la “Neohistoria” o la “Neomodernidad”, estará marcada por una conciencia de que la Modernidad necesita adecuaciones a las realidades de cada latitud y adaptaciones a los nuevos tiempos globales. La Neomodernidad será la “segunda modernidad”, o la reedición y crítica de la modernidad en un periodo marcado por la globalización.

En el caso literario, la aspiración de Modernidad conquistó una cima gracias al fenómeno conocido como el *boom* de la narrativa hispana a mediados del XX, un momento glorioso en que las obras de los autores de Hispanoamérica fueron capaces de incidir en el mundo cultural de Occidente como en la etapa inicial de Modernismo. Hijo del Modernismo y de su esfuerzo renovador y asimilador de influjos, el *boom* hace palpable la universalidad de la cultura hispánica. Gabriela Mistral, primera escritora latinoamericana a quien se concedió el importante Premio Nobel de Literatura, se reconoció heredera directa de José Martí. Las obras de Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, incluso de Jorge Luis Borges y Octavio Paz, son un producto del redimensionamiento artístico inserto en la revolución modernista, ya que insisten en la construcción del imaginario y de la identidad regional hispana y en la aspiración de asumir la Modernidad en y desde el arte.

Será en la década de 1980, luego de un siglo de comunión espiritual y estética, de idealismo social, que la Modernidad, y su forma artística que preferimos llamar Modernismo, necesite una reformulación, revisión y replanteo. No se trata del fin del arte y de la literatura que pretenden algunos auto-proclamados “posmodernos” sino del cuestionamiento del valor mesiánico del artista, de la crisis de la utopía del futuro mejor y de la ciencia como respuesta a las necesidades humanas.

La nueva era, superadora de la industrial o moderna, que algunos historiadores y sociólogos han denominado “posindustrial” y se caracteriza por la producción de conocimientos productivos, privilegia la ciencia y la técnica a la espiritualidad. El individuo desaparece; el artista vuelve a ser anónimo. Es la sociedad del discurso presentista, en la que la política no pretende la construcción de un futuro próspero sino de un presente que sabemos efímero, condenado por el acabamiento y la muerte. Dice Paz, quien atisba la crisis de la Modernidad ya en la década de 1970: “El ahora nos reconcilia con nuestra realidad: somos mortales. Solo ante la muerte nuestra vida es realmente vida. En el ahora nuestra muerte no está separada de nuestra vida: son la misma realidad, el mismo futuro”.¹ En la Modernidad la necesidad de creer en una utopía hace que los intelectuales corporicen en su imaginario las naciones de futuro, ideales o bárbaras. Primero lo serán los Estados Unidos de América y más tarde (para los de filiación comunista o la izquierda) la Unión Soviética. Según Paz: “La visión de Baudelaire será la de Mallarmé y sus descendientes: Poe es el mito del hermano perdido, no en país extraño y hostil, sino en la historia moderna. Para todos estos poetas los Estados Unidos no son un país: son el futuro”.²

El ensayista mexicano describe en su libro *Los hijos del limo* que, en su opinión, hacia 1945 la poesía de nuestra lengua se repartía en dos academias: la del “realismo socialista” y la de “los vanguardistas arrepentidos”. Pero se quiebra la “preten-

sión de objetividad”. “Todo comienza —recomienza— con un libro de José Lezama Lima: *La fijeza* (1944). Un poco después (no tengo más remedio que citarme) *Libertad bajo palabra* (1949) y *¿Águila y sol?* (1950). En Buenos Aires, Enrique Molina: *Costumbres errantes o la redondez de la tierra* (1951). Casi en los mismos años, los primeros libros de Nicanor Parra, Alberto Girri, Jaime Sabines, Cintio Vitier, Roberto Juanrooz, Álvaro Mutis... Estos nombres y estos libros no son toda la poesía hispanoamericana contemporánea: son su comienzo”.

En ellos ve un regreso a la vanguardia, una “vanguardia *otra*, crítica de sí misma y en rebelión solitaria contra la academia en que se había convertido la primera vanguardia”. Tal como sucedía con los posmodernistas de inicios del siglo XX, estos posvanguardistas estaban, sin embargo, volviendo a la vertiente prometeica del Modernismo desde una preocupación que no era “estética” porque “para aquellos jóvenes el lenguaje era, simultánea y contradictoriamente, un destino y una elección. Algo dado y algo que hacemos. Algo que nos hace”.³ Según el ensayista y poeta mejicano: “Fue una generación que aceptó la marginalidad y que hizo de ella su verdadera patria.”⁴ De ahí que tampoco sea superadora del Modernismo sino una continuación, un regreso a “su actitud”, que magníficamente definió en la primera mitad del siglo XX el poeta Juan Ramón Jiménez.

La revolución Modernista parecería agotar su cimiento de esperanza, su deseo de hacer luz desde el arte, de influir en la sociedad y de participar en el futuro, solo a partir de los cambios socio- políticos que se producen en la década de 1980. El enflaquecimiento de los géneros literarios en su relación con el mercado, posibilitan un redimensionamiento temático y estilístico que si bien hereda los presupuestos básicos de la Modernidad ya no confía en sus ideales utópicos o los adapta al nuevo contexto global del mundo.

Contrario a lo que sucede en las décadas finales del siglo

XX, todavía hasta la Segunda Guerra Mundial existía una actitud optimista, una confianza en el futuro que surge con la Ilustración y se sistematiza en el discurso modernista. El intelectual moderno confiaba en que el futuro restañara las heridas del presente. El sacrificio debía engendrar la felicidad en el porvenir. El hombre y la mujer entregados en el presente tendrán recompensa en un nuevo y mejor mundo para sus hijos. La utopía de un mundo mejor parecía posible, edificable en las décadas próximas, casi al alcance de la mano. Sin embargo, si a fines del siglo XIX y todavía en las décadas de 1930, '40, '50 y '60 la Modernidad social y tecnológica era un proyecto a ser construido, a partir de las décadas del '70 y el '80 los impactos de la primera y la segunda revolución industrial (y luego del neoliberalismo y la globalización) se dejan sentir en buena parte de Hispanoamérica, especialmente en países como Argentina, Brasil y México, donde se constituyen los mercados nacionales y se alcanza un desarrollo tecnológico y social más moderno, aunque parcial, incompleto y centrado en zonas metropolitanas.

En la década de 1970 se produce en Hispanoamérica, por primera vez, una ruptura con respecto a los ideales de la Modernidad. Se toma conciencia sobre lo engañoso del ideal de futuro y progreso social fundado en más producción de riquezas. Hispanoamérica llega tarde al reparto de capitales y al desarrollo, como consecuencia de su condición de territorio expoliado. Pasadas las dos guerras mundiales, se resquebraja la fe en el porvenir, en el mejoramiento progresivo de la sociedad y el hombre. Se descrece de los ideales humanistas de la Ilustración y el arte se desinteresa de la utopía de la Modernidad, que desdeñaba al ser humano en su condición espiritual, en su esencia vinculada al universo. Surge lo que se ha dado en llamar la “crisis de las vanguardias artísticas” y el debate entre la Modernidad y la Postmodernidad (o Posmodernidad), que representa en buena medida la negación de los

principios de la Modernidad. El arte se radicaliza, cerrándose en sí, ensimismándose en el egoísmo o banalizándose al servicio del mercado. Por una lado se concentra en la experimentación, en otra vertiente se pliega a las exigencias mercantilistas. Y a partir de la caída del “campo socialista” y la consiguiente decepción de la izquierda, la utopía, hija de la Modernidad, entra en crisis. Es entonces que la derecha ideológica, con sus proyectos neoliberales, la retoma y pretende darle continuidad, pero en la vertiente criticada por Martí, que privilegia la acumulación de capital y se desentiende de la justicia y de la equidad.

Desde el siglo XVIII con la Ilustración se impone la idea de progreso y civilización como tendencias o leyes históricas. Al finalizar el siglo XIX, la convicción de que el futuro tendría que ser mejor se hace general. Hasta que entre 1914 y 1945, cambia esta fe ciega, producto del impacto psicológico de las guerras mundiales. Entonces no solamente es derrotada la ideología nazi, avasalladora y totalitaria, también se reivindica lo mejor de la tradición ilustrada y revolucionaria europea. Sobre el panorama intelectual y las perspectivas de futuro que alentaban la Modernidad, aún iniciando la segunda mitad del siglo XX, puede decirse que el mundo lucía difícil y problemático pero aún “manejable”; existía fe en que podría transformarse para mejor. París y Nueva York eran los centros de la cultura, generadores de modelos, más que focos de poder político, núcleos amplificadores de arte. Aún se confiaba en el papel de la cultura y la educación para transformar la sociedad. En cambio, derramada tanta sangre por la patria, los sagrados ideales de progreso cuestionan a la utopía de la Modernidad en todas sus facetas. La juventud y los intelectuales, al margen de los políticos que desean continuar ilusionando a la masa, exigen un presente mejor, vivible, sostenible, pero no sacrificable en pos de un incierto porvenir. Hay un retorno a la espiritualidad, a la religión, incluso al radicalismo

religioso. De nuevo el *Carpe Diem* y la relativización del valor trascendente de las obras de arte y de la dialéctica de la historia.

Los nuevos medios de comunicación y nuevos soportes como Internet y los avances derivados de la informática traen consigo una globalización del mundo y de las ideas, que del mismo modo lo será de patrones culturales que pretenden el desarraigo y la identidad común, por encima de las ideologías nacionales. Entonces las identidades regionales y de grupos en minoría se refuerzan y alían por encima de las fronteras geográficas. Fórmula ante el acabamiento, resurge la idea del Modernismo como tradición que puede ser continuada, en una tendencia general que podríamos denominar “Neomodernismo” y que supone la reevaluación del Modernismo en una etapa histórica diferente, una novedosa búsqueda estilística. El poder del gobierno sobre los individuos es lo viejo. Lo radicalmente nuevo es el respeto a las libertades individuales y a los llamados “derechos humanos”. En el terreno económico, la libertad es la ausencia de coerción gubernamental para la producción, distribución y consumo de bienes y servicios más allá de lo indispensable para mantener la libertad misma. La libertad regulada por el Estado. Lo nuevo radica en la eliminación de las restricciones.

Para los posmodernos y los neoliberales resulta elocuente que los países más libres económicamente sean los más ricos; y los más regulados, como Corea del Norte, los más pobres, donde la gente no se siente motivada para el trabajo y la economía tiene un desarrollo más débil. En el margen contrario, se denuncia que la liberalización sin control conduce al enriquecimiento de unos y al empobrecimiento de otros, a la polarización social. El Estado, en correspondencia con el avance social, debe remodelarse para controlar el crecimiento y la dinámica de progreso, de forma democrática, cuidando de los intereses colectivos. La vuelta de tuerca, que proponemos

llamar “Neomodernismo” porque supone una revisión continuista del Modernismo en la etapa histórica contemporánea resultará contraria a la llamada posmodernidad porque no suscribe el vacío de ideales, aunque los cuestione y relativice.

Para estos artistas los límites genéricos desaparecen y también la idea de la trascendencia de la literatura, que algunos restringen a su objeto vital y refugio, al margen de una sociedad donde el mercado reina y enajena cualquier expresión genuina. La Neomodernidad es una segunda oportunidad para la consecución de la Modernidad, de una “segunda Modernidad” humanista, que se interesa por el hombre, incluso con desdén del progreso capitalista. El Neomodernismo, en consecuencia, será una continuación y revisión de Modernismo en una etapa desemejante, bajo presupuestos ideo-estéticos similares pero en un mundo globalizado donde las fronteras desaparecen y las tecnologías de la información contribuyen al contacto múltiple y alternativo.

La globalización impuso un nuevo contexto planetario. Desde la década de 1970 comenzó a notarse que el mundo cambiaba, sobre todo bajo el influjo de Internet y con la desaparición de fronteras para el capital. Reseñan los autores del *Diccionario de Relaciones Interculturales* que en la década de 1980 la globalización cambia los paradigmas sociológicos, económicos y culturales, rediseñando el mundo y desafiando el paradigma “internacional”.⁵ En cambio, si la globalización refleja el poder del capital *transnacionalizado*, implantado a nivel internacional, también genera una conciencia de que el mundo es uno solo y que tanto países ricos como pobres conviven en un planeta de cuyo futuro dependen todos por igual.

Octavio Paz, en su ensayo *Los hijos del limo*, fechado en Cambridge, en junio de 1972, atisbaba la llegada de una nueva época “larval” en que sobrevendría una metamorfosis en la

relación entre el artista y la sociedad: “Hoy somos testigos de otra mutación: el arte moderno comienza a perder sus poderes de negación. Desde hace años sus negaciones son repeticiones rituales: la rebeldía convertida en procedimiento, la crítica en retórica, la transgresión en ceremonia.

La negación ha dejado de ser creadora. No digo que vivimos el fin del arte: vivimos el fin de la *idea del arte moderno*”.⁶

Demostrando que las intuiciones de los poetas son más elocuentes y certeras que las sistematizaciones y teorizaciones de filósofos y políticos, Octavio Paz, en las páginas finales de su ensayo, explicó que “la edad moderna comienza con la insurrección del futuro” y que para la Modernidad “la única eternidad que conoció el hombre fue la del futuro”. Si para los cristianos del Medioevo la vida desembocaría en la eternidad que les daba su fe en Dios, para los modernos la eternidad “es una marcha sin fin hacia el futuro”.⁷ Hacia la segunda mitad del siglo XX aparecen signos que indican la “inconsistencia” de este sistema de “progreso lineal”, proceso que se radicaliza a fines de siglo, cuando los ideales una sociedad mejor fracasan con la caída del socialismo y la frustración de las utopías. En los finales del pasado siglo, por primera vez desde que se erigió en *tabula áurea*, se descrea de la idea de Modernidad que surgió hace quinientos años, con la irrupción del Renacimiento y se afianzó en Occidente con la Revolución Francesa de 1789, la cual entre sus principios tenía la igualdad, la libertad y la fraternidad. Estas fueron las bases que rigieron movimientos anticolonialistas y libertarios, y florecerían a fines a partir del siglo XIX en las búsquedas de ordenaciones sociales más justas y equitativas, que dieran respuesta a las necesidades y aspiraciones humanas.

Nacida de la confianza absoluta en la razón y en la libertad individual de las personas, la Modernidad creía que la democracia era la expresión de la verdadera igualdad de derechos,

rotos los cánones de jerarquización basados sobre títulos de sangre. Anticolonialista, desea la autodeterminación de los pueblos; evidencia la fe en el porvenir y en la ciencia, el culto al trabajo. Pero la creencia obsesionada en el futuro, en que el hombre avanza hacia su perfección, se resquebraja en las décadas finales del siglo XX, y con ella la esencia de la Modernidad. La fe en la ciencia desaparece, sabemos que no siempre los avances de la genética son para el bien común, que los recursos naturales se agotan, que la industrialización y el desarrollo generan contaminación. Sintetiza Paz que en este momento: “Las obras del progreso se llaman hambre, envenenamiento, volatilización”.⁸ Y es que la nueva era neomoderna (también llamada de la Neohistoria), superadora de la industrial (o Moderna), se caracterizaba por la producción de conocimientos productivos y tendrá como protagonistas a la ciencia y la técnica. En esta etapa las luchas sociales “no son el resultado de la oposición entre trabajo y capital” como lo fueron durante la Modernidad, sino que responderán a “conflictos de orden cultural, religioso o psíquico”. El ensayista mejicano escribe que las revueltas juveniles de la década del sesenta del siglo XX constituyen “una rebelión instintiva contra la excesiva racionalización de la vida social e individual que exige el nuevo modo de producción. Distintos modos de deshumanización: el capitalismo trató a los hombres como máquinas; la sociedad postindustrial los trata como signos”.⁹ Será en la etapa denominada “posindustrial” que el Neomodernismo como tendencia artístico-literaria se manifieste, en contraposición al Posmodernismo, cuando el discurso político de futuro pierde vigencia o parece poco creíble, por haber demostrado su retoricismo, y la sociedad exige “hacer habitable el presente”. A fines del pasado siglo, se vive el hoy y el ahora. Y, según Paz: “Vivir en el ahora es vivir de cara a la muerte”. Sin embargo: “El ahora nos reconcilia con nuestra realidad: somos mortales. Solo ante la muerte nuestra vida es

realmente vida. En el ahora nuestra muerte no está separada de nuestra vida: son la misma realidad, el mismo futuro”.¹⁰

Sin embargo, del mismo modo el nuevo “reenquiciamiento” o “remolde” del mundo (términos usados por Martí en la década de 1880), que se agudiza a fines del siglo que recién concluyó, pone de manifiesto la crisis del modelo de la sociedad industrial y de los paradigmas de pensamiento moderno, una vez que la globalización ha impuesto el reino del dinero y del mercado. El escritor de izquierda Eduardo Galeano revela con acierto que “en el mundo sin alma que se nos obliga a aceptar como único mundo posible, no hay pueblos, sino mercados, no hay ciudadanos, sino empresas; no hay ciudades, sino aglomeraciones, no hay relaciones humanas, sino competencias mercantiles”.¹¹

Los “ilustrados” que inspiraron la Revolución Francesa pensaban que la razón terminaría imponiéndose casi como ley histórica y que el futuro florecería para ser humano. Tomás Moro dio causas a la *utopía* como aspiración humana de una sociedad o república ideal. Carlos Marx teorizó sobre la sociedad perfecta, sin Estado y sin clases sociales, donde todos los individuos fueran libres e iguales. En cambio, la cultura posmoderna está marcada por la competitividad, el consumo y la deshumanización. El individuo se torna indiferente ante el dolor ajeno y el compromiso social algo carente de sentido. El culto a la eficiencia, la rentabilidad y la competitividad conducen al individuo a la lucha por el lucro y el poder. El dinero impera como valor, se privilegia lo externo, lo material y fugaz. El culto a la imagen enmascara el vacío existencial y se entroniza la publicidad como arte, paradigma de cultura puesta al servicio del mercado y el consumo.

El siglo XX fue la era del *confort*, del automóvil, el teléfono, el cine, la radio, la televisión, los electrodomésticos, la prosperidad para unos y la miseria creciente para otros. EE.UU. un modelo de sociedad que pretendía satisfacer de forma masiva

las necesidades de sus diversos componentes. Al respecto señaló Ángel Lombardi en su libro *Memoria del siglo XX*: “El sueño americano se proyectaba poderoso hacia adentro de la sociedad, hacia todos los sectores, y en el mundo creó un interés generalizado hacia los Estados Unidos que no ha terminado”.¹² Pese a la ilusión, el modelo demuestra pronto su inviabilidad para el mundo.

Su diseño puede beneficiar solo a una minoría. Hacia el año 1975 las tres cuartas partes de los automóviles y teléfonos del planeta se concentraban en siete países: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Japón y Canadá.¹³

En el nuevo contexto global surgen inéditas formas de racismo, xenofobia y discriminación al diferente. Frente al consumo de bienes materiales, posible en unos pocos, aparece la evidencia de la pobreza en miles, que se traduce en inmigración y marginación. A fines del siglo XIX las ideas del liberalismo dominaban en el mundo occidental. El liberalismo, sin embargo, se vio prácticamente marginalizado durante la mayor parte del siglo XX debido al control estatal. Tal postura se correspondió, en gran medida, con la desilusión hacia el capitalismo provocada por la I Guerra Mundial y luego por la Gran Depresión de la década de 1930. Se creía que el capitalismo estaba en sus últimos estertores y que la economía planificada (a diferencia del libre juego del mercado) y la propiedad estatal (a diferencia de la propiedad privada) eran el camino a seguir. Pero todavía entonces la Unión Soviética representaba un modelo de futuro. Fueron los gobiernos de Margaret Thatcher, en Gran Bretaña, y Ronald Reagan, en Estados Unidos, los que dieron un brusco viraje en retrocarga recuperando las viejas ideas liberales; y las aplicaron con un éxito espectacular, creando el llamado “neoliberalismo”. En la década de 1980 el liberalismo volvió a considerarse como la forma adecuada de fomentar el desarrollo y generar riquezas, un motor para el desarrollo dentro del sistema capitalista. En

cambio, ¿era el nuevo liberalismo la solución al progreso, el que permitiría a los más desfavorecidos alcanzar la anhelada Modernidad?

Lo cierto es que el derrumbe del modelo socialista con el desmembramiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la caída del campo socialista otorgan legitimidad al neoliberalismo como alternativa. Con el desplome de la URSS se consolida la hegemonía de los Estados Unidos y su modelo de sociedad se impone como único probadamente viable. Es así que el neoliberalismo adquiere legitimidad y se convierte en la fórmula de saneamiento económico y desarrollo a que obliga el Fondo Monetario Internacional a los países endeudados. Entonces el fin justifica los medios, la pobreza y el desempleo. Cuando el paradigma neoliberal lleva más de dos décadas de aplicación y el desarrollo deseado parece inalcanzable, se toma conciencia de que maniatar al Estado y dejar que reine el Mercado, lejos de favorecer el avance económico y social, engendra diferencias insalvables entre clases, entre países y de posibilidades, además de exclusión y graves injusticias, que atentan contra los derechos humanos fundamentales.

La caída del Muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría y los sucesos acaecidos en los finales de 1980, abrieron las puertas a un nuevo mundo, a la ruptura de fronteras nacionales y la amplificación de los mercados, a la transnacionalización de capital e información, el surgimiento de la llamada “globalización”. Comenzaron a ser *otros* los valores promovidos por los medios, unos valores que no tenían que ver con el sacrificio, la solidaridad y la entrega al futuro, sino con el presentismo, la lucha por sobresalir y por enriquecerse, sin que importaran las consecuencias, los principios del liberalismo y de la Modernidad capitalista más recalcitrante. Y aunque, de algún modo, la globalización surgió a partir del neoliberalismo, como proceso creciente de unificación de mercados y homo-

geneización de la producción mundial, a la larga terminaría revelándose contra él. La cibernética, las nuevas tecnologías de la información y los medios masivos de comunicación, participan de esa concepción global del mundo, que no solo afecta a la economía y a la política sino igualmente a la sociedad y la cultura. La globalización trajo consigo una nueva toma de conciencia a nivel mundial sobre la necesidad de solidaridad y justicia, sobre la estrecha relación de todo el universo. Ya no solo la izquierda crítica al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial y a la Organización Mundial del Comercio, porque incluso en las Nacionales Unidas existe conciencia sobre la necesidad de alcanzar el deseado equilibrio socio-económico, al margen de los intereses mercantilistas y poniendo cotos a la depredación de los ricos insolidarios.

Según el exdirector de la UNESCO Federico Mayor Zaragoza, la globalización es un “fraude”: “Hay un enorme fraude cuando se habla de globalización. Lo único que se globaliza es la pobreza”.¹⁴ Y ciertamente, en pocas décadas la globalización del capital y de la economía ha provocado desigualdades que parecen insalvables. Según los informes de la revista *Forbes*, las cien personas más ricas del mundo acumulan capitales equivalentes a los ingresos de la totalidad de los países pobres del planeta; un par de centenas de millonarios atesoran más riquezas y bienes materiales que el cincuenta por ciento de la población mundial; las tres personas más millonarias del mundo tienen una cantidad de riquezas que superan la suma del producto interno bruto de los 48 países más pobres del mundo.¹⁵

A la larga el neoliberalismo supuso una reacción contra el modelo de Estado o Sociedad de Bienestar, que se correspondía con el ideal de la Modernidad humanista. Federico von Heyek, Milton Friedman y Karl Popper, inspiradores y propulsores de la llamada Escuela de Chicago, plantean como

algo positivo la desigualdad en el crecimiento económico y la acumulación de la riqueza. Cual fórmula mágica, luego de la “recesión” se imponen las ideas esenciales del liberalismo, elaboradas por John Locke (1632-1704), Montesquieu (1689-1755), David Hume (1711-1776), Adam Smith (1723-1790) y John Stuart Mill (1806-1873), entre otros. El neoliberalismo será una “nueva edición del liberalismo” inspirada en los postulados de Adam Smith, filósofo y economista escocés, quien en su *Ensayo sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (1776) funda la economía política moderna y sostiene que la riqueza procede del trabajo. La obra representa el intento por diferenciar la economía política de la ciencia política, la ética y la jurisprudencia. La tesis central de Smith, cercano al ideal de Modernidad al que se opone Martí, defiende que la clave del bienestar social está en el crecimiento económico, que se potencia a través de la división del trabajo y la extensión de los mercados. Según expone, gracias al egoísmo de los particulares se logra el bienestar, porque el deseo de acumular riquezas conduce a mayor productividad.

Con todo, advierte Smith que “ninguna sociedad podrá ser floreciente y dichosa si la mayoría es pobre y miserable”.¹⁶ Por eso sus concepciones son modificadas a raíz de la crisis económica de los años veinte del siglo pasado, cuando el británico John M. Keynes (1883- 1946) refuta que el capitalismo por sí solo pueda dar soluciones a los problemas de la sociedad contemporánea y aboga por la intervención del Estado en la distribución de los ingresos, regulando la iniciativa privada, utilizando medidas fiscales y monetarias con el objetivo de mitigar los efectos de la recesión y de las crisis cíclicas de la economía.¹⁷ El neoliberalismo, sin embargo, consideró errados los principios de Keynes y al “intervencionismo del Estado” como un enemigo del crecimiento económico.

Enarbolando los principios de la Modernidad, luego de la Segunda Guerra Mundial, las democracias occidentales

habían estructurado sus políticas en torno al Estado de Bienestar, que durante más de dos décadas resultó un modelo de crecimiento eficiente y más equitativo, pero el arquetipo se agota y a fines de la década de 1970 se introducen cambios, con las administraciones de Margaret Thatches en Gran Bretaña (1979) y Ronal Reagan en EE.UU. (1980). Será en países de América Latina como Chile, Argentina y México donde el paradigma neoliberal se experimenta en toda su magnitud y en su falta de compromiso social y desinterés por la equidad. La crisis de la deuda externa lleva a que el Fondo Monetario Internacional impusiera “ajustes estructurales” a las economías de la región mediante la implantación del neoliberalismo, que a la larga conllevó a más problemas de los que solucionaría. En algunos países de América Latina donde se experimenta con el neoliberalismo, la irrupción descontrolada de mercancías destruye las incipientes economías, devolviéndoles sus caracteres primarios, denunciados a fines del XIX por José Martí, de mono-productoras o mono-exportadoras, en países que habían diversificado sus renglones productivos tales como Chile o Argentina. Es así que la “ley de la selva”, la ley neoliberal, se convierte en el enemigo del progreso social humano que se logró, en alguna medida, mediante las sociedades reguladas por un Estado atento al desarrollo equitativo y equilibrado.

El “neoliberalismo” desestabiliza las economías antes florecientes, enriquece a unos pocos y crea el caos y el empobrecimiento social. Asimismo, la globalización, si bien abre las fronteras y permite el libre flujo de información, destruye las identidades nacionales, aunque refuerza las regionales y potencia a las minorías, que se ven reflejadas más allá de las fronteras geográficas en diferentes latitudes. La Europa unida es cada vez más Europa construida a base de regiones y no de naciones. América Latina y África espacios para el experimento y mercados globalizados donde imponer patrones

culturales y modelos sociales que nada tienen que ver con sus raíces, relegadas a folclor para turistas a los que sacar provecho económico.

Pero como toda economía debe encaminarse hacia la satisfacción de las necesidades del hombre y el neoliberalismo descuida este punto, a la larga entraría en crisis y el mundo tomaría conciencia de que no era la solución. Como plantea el ensayista Gregorio Iriarte: "Poner lo económico como valor máximo y exclusivo implica una terrible alienación".¹⁸ El neoliberalismo traducido en "puro capitalismo revestido de Modernidad" forja, en el mejor de los casos, crecimiento económico a costa de mayor pobreza y miseria. No atiende a las necesidades del hombre y descuida el vínculo entre la ética y la justicia social. Para el neoliberalismo la creación de Estados más potentes y al servicio de la sociedad, serían enemigos de primer orden. Si bien es cierto que el mercado resulta, en principio, un dinamizador de la economía, este no tiene por qué regirse exclusivamente por la ley de la oferta y la demanda, ya que, como se ha demostrado, la consecuencia de la falta de regulación es el caos y la miseria.

El arte y el universo tampoco pueden ser vistos como mercancías. En cambio, el neoliberalismo se plantea la consigna de que cada uno persiga y consiga el máximo lucro individual. Entonces el arte se enajena y también los excluidos, quienes lejos de aumentar sus posibilidades en un sistema que aparentemente otorgaría progreso a cambio de sacrificio y trabajo, ven cómo se agravan las desigualdades y crece la distancia entre ricos y pobres. A esto se suma que la explotación indiscriminada de los recursos naturales genera la destrucción de las reservas mundiales. En la segunda mitad del siglo XX comienzan a notarse el daño ecológico, la destrucción de los bosques, la contaminación creciente de ríos y mares, que anotaba Paz en la década de 1970.

Las críticas a la ceguera del mercado en su búsqueda de

lucro inmediato, llegan incluso de organismos internacionales. Volviendo al paradigma de Modernidad humanista, en el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD),¹⁹ de 1992, se plantea que un “auténtico desarrollo humano exige del mercado, no solamente que brinde sus ventajas materiales, sino que esto lo haga de forma equilibrada, combinando la eficiencia con la equidad y la sustentabilidad”.²⁰ Se denuncia que los mercados “no son un fin en sí mismos. Son un medio más para el desarrollo humano. Por tanto deben estar al servicio de las personas y no estas al servicio del mercado”.²¹ Después de la Segunda Guerra Mundial los europeos lograron, al fin, reconciliarse y, en un esfuerzo sin precedentes, se dedican a la reconstrucción y a potenciar el desarrollo.

El resultado inmediato de la solidaridad, de poner a Prometeo por delante del egoísmo narcisista, dejando a un lado el nacionalismo y los fanatismos, engendra la Comunidad Europea como alternativa para el crecimiento de la región, que al cabo ofrece mejores resultados macro-sociales que los EE.UU. Lo que comenzó siendo en 1951 la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, se constituye en 1957 como Mercado Común Europeo y a partir de 1993 en Unión Europea, en cuya membresía participan cada vez más países porque su régimen, tendente a un modelo de Modernidad que no desdeña al capital pero resulta humanista y solidario, de ayudas y compensaciones, contribuye visiblemente a mantener la estabilidad y el crecimiento de la región.

Ya en la década de 1960, Capitalismo y Comunismo agudizaban. Surgen varios escenarios para el debate de las “super potencias”, como alternativas para el desarrollo y el bienestar humano, crisis de los cohetes, la carrera nuclear y la espacial. Gracias a la importancia “estratégica” que las potencias otorgan a los avances en tecnologías espaciales, el hombre llega a la luna y comienza un nuevo ciclo de expansión en el

universo. Entonces las utopías de futuro parecieron al alcance de la mano, como la luna misma. Hasta los inicios de la década del setenta parecía que la humanidad podría alcanzar sus metas de desarrollo y progreso. En 1973 acontece el primer vuelo del Concorde, que realiza el trayecto París-Washington en apenas 3 horas y 33 minutos; se inauguran las Torres Gemelas de Nueva York, “símbolo de la supremacía norteamericana”. Sin embargo, 30 años después las Torres no existen y el Concorde fue reducido a pieza de museo. Las contradicciones “invisibles” de los dos modelos sociales pronto se hacen evidentes. El Estado de Bienestar dilapidaba recursos, las economías capitalistas de los países desarrollados decrecen, y el colapso del “socialismo real”, a fines de la década del ochenta del pasado siglo, como alternativa social y económica, permite a los neoliberales dar un impulso a su modelo, como paradigma mundial. El fracaso de “un tipo” de experiencia socialista genera confusión y desaliento en las fuerzas de izquierda. Es un momento en que parece que los ideales humanos que “teóricamente” impulsaba el socialismo quedan relegados al olvido. La denuncia de la explotación, la solidaridad entre los pueblos, la lucha contra la injusticia social, parecen esfumados para siempre. Porque el neoliberalismo prefiere a un Estado sin proyecto y sometido a las leyes del mercado, reducido a gendarme que haga cumplir las normas establecidas, que reprima a los rebeldes y proteja a los señores del capital. Por eso no solo se oponen al Estado dictatorial u oligárquico sino también al Estado democrático y participativo, ya que la democracia económica y la defensa de la soberanía son enemigos de la gestión global del mercado.

El neoliberalismo será la respuesta contra el Estado que limita los mecanismos del mercado libre. Es la respuesta del capitalismo sin reglas a un capitalismo reglado, interventor y regulador, que vuelve a imponerse como solución para el capitalismo al final de la primera década del siglo XXI. “El neoli-

beralismo fue —esboza Alfonso Sastre en *De la Posmodernidad a la Neohistoria*— desde sus orígenes, una reacción interior en el seno del mismo capitalismo contra, digamos, el reblandecimiento que comportaba una cierta asunción de la legitimidad, o por lo menos de la fuerte existencia, de un peligroso desafío socialista en el mundo”.²²

Neoliberalismo significa ultra-derecha, ultra-capitalismo, encaminado a incrementar los privilegios de los ricos en detrimento de la “justicia humana”, que intentaba moderar una regulación estatal del mercado. Su contradicción está dada porque, como señala Perry Anderson, el “igualitarismo” de la sociedad de bienestar, promovido por un Estado intervencionista y regulador del libre mercado, “destruía la libertad de los ciudadanos y la vitalidad de la competencia, de la cual dependía la prosperidad de todos”.²³ A la larga se demostraría que Estado y mercado debían, sin embargo, complementarse y corregirse mutuamente, puestos al servicio de la sociedad y del individuo.

Si durante casi todo el siglo XX, el arte asume tareas educativas y la cultura resulta expresión de la sociedad, en diálogo con el poder y las estructuras cívicas, a fines del siglo intenta negar la realidad, desvincularse del poder y enajenándose de su contexto llega incluso a convertirse en mercancía. Entonces la obra se independiza del autor y “el arte se diluye en la confusión general”.²⁴ Sobre el arte de inicios del siglo XXI, escribe Lombardi: “Nadie concibe hoy una película como una hechura del Director, en fin, el arte en cualquiera de sus manifestaciones, termina siendo un área de la economía, las excepciones confirman lo dicho, a menos que se asuma el aislamiento y la marginalidad como postura”.²⁵ Todo esto ha sido engendrado por un modelo económico, del que dice “conduce al desastre” ya que “ha establecido una ecuación terrible: consumir para crecer económicamente y crecer para generar empleo y más dinero para gastar, más allá de las nece-

sidades básicas”.²⁶ Un modelo que por demás está pensado solo para el veinte por ciento de la población mundial y que abandona al ochenta por ciento restante.

En el recambio de milenio, las visiones sobre la historia y sobre determinadas figuras paradigmáticas del XX cambian y se radicalizan ante la frustración general. Cuando el conocimiento histórico objetivo parece una falacia, el devenir de la humanidad es sometido a escrutinio. Reinterpretada en los inicios del nuevo milenio existe cada vez más conciencia de que la historia es reescritura permanente y que, como decía el poeta Paul Valery, puede ser material peligroso e inflamable cuando se convierte en ideología. Síntoma del cambio de valores fueron los disturbios del mayo francés de 1968. Los jóvenes parisinos se revelaron contra los valores establecidos y contra un modelo de sociedad que, si bien representaba un avance en los deseos humanos de mejora, cegaba las posibilidades de cambio y de justicia en la culta Francia. En *graffitis* y consignas callejeras se podía leer “Prohibido prohibir”, “La imaginación al poder”, “Seamos realistas, pidamos lo imposible”. Era el síntoma de que los principios sobre los que se sustentaba la sociedad se estaban desmoronando. El movimiento juvenil en Francia (1968- 1973), respaldado por ideas anarquistas y socialistas, que abogaba por la libertad sexual y por el recambio generacional, dejó claro que incluso una sociedad permisiva y de bienestar como la francesa de entonces, ofrecía a los jóvenes el camino del continuismo y les cerraba las posibilidades de construir modelos alternativos. A la larga el paradigma era represivo y excluyente, marginaba a los jóvenes, las mujeres, los extranjeros, al diferente y, sobre todo, pretendía ignorar el principio básico de la solidaridad.

A fines del siglo XX, el hombre perdió su confianza en el progreso y descreo de las utopías colectivas. El hedonismo y el consumismo, el disfrute del momento, evidencia la frustración ante el futuro. La posmodernidad o posmodernidad pretende

ser una superación de la Modernidad, en cambio el posmodernismo resulta expresión, en todo caso, de la “crisis de la Modernidad”, que se agudiza en el segunda parte del siglo XX. En estas décadas se hace patente la desilusión hacia los modelos sociales vigentes hasta entonces, se agudiza la contradicción que venía dándose entre el pensamiento de izquierda y la política en ejercicio del poder, en particular la del Partido Comunista y los líderes de la URSS, con las fuerzas progresistas mundiales y europeas. La Primavera de Praga²⁷ y el Mayo Francés de 1968²⁸ serán catalizadores para un cambio que en la década de 1970 se radicaliza hasta desembocar en la debacle socialista y en la imposición del neoliberalismo.

La filosofía de Federico Nietzsche y las teorías de uno de los participantes en las revueltas del Mayo Francés de 1968, Michel Foucault, sirven de sustrato al pensamiento posmoderno. Ante la pretendida disolución de los valores de la Modernidad, se impone el rechazo a las utopías. El movimiento hippie, el existencialismo como postura vital, las tribus urbanas, la cultura punki, la legitimación de los ocupas y de las guerrillas urbanas, son síntomas del cambio social. Hacia las décadas de 1960 y 1970, en particular, se hace vigente el pensamiento de Nietzsche por su oposición a los valores defendidos por la Ilustración y su aseveración de que “Dios ha muerto”.²⁹ Su cosmovisión y su descreimiento influyen decisivamente en la filosofía posmoderna y en el pensamiento existencialista por su rechazo de los dogmas sociales y su “sospecha” de que hasta entonces el hombre ha creído en falsos ídolos espirituales y ha cimentado la sociedad sobre bases dudosas o inexistentes.

Continuador de la filosofía nietzschiana, Michel Foucault, con su teoría sobre el *saber, el poder y el sujeto*, pretende despedazar las concepciones modernas de tales conceptos y defiende que el poder no puede ser localizado en

una institución, o en el Estado, ya que supone una sesión de la libertad del individuo al gobernante en que media la fuerza. Michel Foucault señala el surgimiento de un “biopoder” que absorbe el antiguo derecho de vida y muerte que el soberano detentaba y que pretende convertir la existencia humana en objeto administrable por parte del gobernante. En este sentido, la vida regulada debe ser protegida, diversificada y expandida. Su reverso, y en cierto sentido su efecto, es que para tales derivaciones resulta necesaria la muerte, ya sea en la forma de la pena capital, la represión política, la eugenesia, el genocidio, etc., vehículos del poder para mantener su control sobre el ciudadano.³⁰

Pero no todo es “noche oscura”. Pese al “nihilismo” de ciertas ideologías, será en el siglo XX cuando la humanidad gane conciencia sobre su carácter planetario y surjan organismos que intenten regular la vida y el porvenir del mundo. La ONU reúne a las naciones. Y, pese al intervencionismo de las potencias, intenta que prevalezca el derecho en las relaciones internacionales. La UNESCO identifica y protege los sitios considerados Patrimonio de la Humanidad, no importa el país donde se sitúen. En el modelo del siglo XX, la ciencia usurpó el papel de dios hasta el punto que las masas confiaban ciegamente en la tecnología y en el progreso científico. En principio no se renuncia a ningún tipo de investigación, aun cuando éticamente sea cuestionable y algunos científicos llegan a afirmar que la cura del cáncer o del Sida es un simple problema de tiempo y de dinero. Pero después de las bombas que la ciencia debe regirse también por parámetros éticos. El deterioro del medio ambiente, el deshielo, la amenaza de desertificación, retan al hombre y le plantean el dilema de crecer económicamente dilapidando los recursos naturales o adoptar políticas de conservación y protección del universo.

La era Posindustrial y de la Neohistoria trae consigo un

replanteo del arte y de la cultura que por primera vez supone un rompimiento de la tradición modernista en Hispanoamérica. No obstante, si antes detectamos al menos dos interpretaciones contrapuestas de la Modernidad, que se relacionan con las actitudes y propuestas ideológicas de los modernistas en las diferentes generaciones, en el final del siglo XX van a darse también varias interpretaciones de la nueva etapa, que hemos tipificado a partir de dos actitudes básicas, la de los “posmodernos” y la de los “neomodernos”.

Los “posmodernos” enfatizan en aquellas zonas claramente irresueltas por la Modernidad, pretenden el fin de la historia y el fin de los valores humanistas, legitiman al arte como mercancía y al mundo como “aldea global” donde serán borradas las identidades. Los “neomodernos”, si bien son conscientes de que el universo ha sufrido una significativa metamorfosis y que las experiencias políticas de la izquierda no dieron los frutos esperados, se aferran a la esperanza y a la utopía del mejor futuro para el hombre, al margen de lo material, en la realización individual y desde la solidaridad. El arte “neomoderno” es expresión del testimonio vital del individuo al margen de la mercantilización y la monopolización de la cultura. Su búsqueda de medios de expresión y discursos alternativos a los hegemónicos, que controlan o intentan legitimizar intereses políticos y mercantiles, señala el camino de la prometeica utopía moderna, ahora desde otra perspectiva, más consciente que nunca del riesgo que para la vida humana supone dejar el futuro del planeta en manos de los “señores del dinero”.

Se toma conciencia de la necesidad de la utopía como meta de futuro y de que la utopía que niegan los nuevos tiempos es solo la de una modernidad industrial que se enajenaba del hombre y de la justicia social. Se reedita la utopía humanista, que aspira a una sociedad mejor y enarbola como valores impercederos las identidades regionales por encima

de las nacionales, fundadas en conceptos cerrados y operados políticamente por los poderosos desde el auge de las monarquías y basadas sobre concepciones feudales o tribales. Al cabo, la globalización explicita las semejanzas por encima de las disímiles características regionales y culturales. Los sentimientos y los valores perdurables serán los mismos en cualquier latitud. Importa de nuevo la promesa del futuro, tender la mano al otro para marchar hacia un porvenir digno y viable. La conciencia de que el mundo está conectado y que el futuro solo puede ser mejor si ofrece soluciones a los problemas de todos, se impone y produce un cambio en la relación entre ricos y pobres, países poderosos y emergentes.

A lo largo del siglo XX los artistas e intelectuales hispanos tuvieron como máxima la búsqueda de una expresión original, acorde con los nuevos tiempos, y quisieron dialogar con los factores sociales y, desde posturas diferentes y hasta contrapuestas, participaron de la construcción de las identidades de sus pueblos. El deseo de progreso y la esperanza en el futuro que podría ser conquistado, animó y sustentó una literatura y una propuesta ideo-estética que, si bien no pierde vigencia, entra en crisis en la década de 1980, cuando la Ilustración como valor y los ideales de la Modernidad chocan con un contexto mundial nuevo, global y neoliberal, en que fuerzas e ideologías de izquierdas y derecha se confunden, las utopías parecen meros romanticismos y se impone vivir el presente. Sin embargo, en los inicios del siglo XXI, el prometeico Modernismo martiano, como expresión de una actitud contrapuesta a los modelos foráneos, es reevaluado y reinterpretado; aunque también sometido a escrutinio y debate.

Los modelos de Modernidad y los modelos de Modernismo se traducen en nuevas implementaciones discursivas. Como sucedió a fines del siglo XIX, comienza en los finales del XX una nueva etapa de “remolde” y refundación social y cultural; una etapa en la historia del arte de enfrentamiento

entre las ideo-estéticas de la Posmodernidad y la Neomodernidad, ambas posturas de reinterpretación de la Modernidad y adecuación de sus ideales a la Neohistoria. Vuelven la evasión y el compromiso, el nihilismo y la esperanza, a delinear obras artísticas y actitudes intelectuales, en la era global de un mundo donde incluso el capitalismo necesita ser “reformulado” y la sociedad exige formas viables de ordenación que ofrezcan respuestas positivas al porvenir humano.

En el caso del Posmodernismo se exagera la negación de los valores y utopías de la Modernidad; en el del Neomodernismo, brota la esperanza de construir discursos y modelos alternativos al arte mercantilizado y a la cultura de masas, que enajena y divide al hombre. Es tiempo de replanteos y de descreimientos. En el ideal posmoderno los mitos clásicos y modernos, con las utopías, son rechazados. Se subestima la formación humanista y se margina a los diferentes. Se tiende al excesivo pragmatismo, a la muerte de las ideologías y de los ideales de justicia. La patria deja de tener importancia y es incluso negada. La historia pierde valor y no existe más que en los libros. Inclusive el holocausto nazi llega a ser negado por algunos. Surgen *ghettos* sociales y grupos que se atrincheran en posiciones extremistas y antisociales. Se justifica el consumismo, la pérdida de la identidad, el individualismo, el mimetismo, el plagio y la cultura de masas. El arte se torna egoísta y de espaldas a la realidad social. Si en la Modernidad humanista era Prometeo el símbolo mítico, que representa la entrega, el sacrificio individual en pos del progreso colectivo; en la Posmodernidad Narciso prevalecerá en su individualismo, en su rechazo al otro y a la sociedad, en su enajenación egoísta. De ahí que por un lado el Neomodernismo esgrima el rescate de la vertiente modernista prometeica y por otro el Posmodernismo la narcisista, al sucumbir a su propia vanidad.



1. Octavio Paz, *Los hijos del limo*, Madrid, Ed. Seix Barral, 1974,, pp. 204-205.
2. *Ibíd*em, p. 161.
3. *Ibíd*em, p. 192.
4. *Ibíd*em, ob, cit, p. 193.
5. VV.AA.: *Diccionario de relaciones interculturales. Diversidad y globalización*, Ed. Complutense, Madrid, 2007, pp. 166-170.
6. Octavio Paz, *Los hijos del limo*, ob. cit, p. 195.
7. *Ibíd*em.
8. *Ibíd*em, pp. 196-197.
9. *Ibíd*em, pp. 199-200.
10. *Ibíd*em, 99. 204-205.
11. Eduardo Galeano, citado por Gregorio Iriarte: *La globalización, el neo-liberalismo y la post-modernidad*. Cochabamba, Bolivia, Talleres Gráficos Kipus, 2005. p. 109.
12. Ángel Lombardi, *Memoria del siglo XX*, Maracaibo, Venezuela, Col. *El nombre secreto*, Ed. Universidad Católica Cecilio Acosta, 2004.,, p. 13.
13. *Ibíd*em, p. 14.
14. Federico Mayor Zaragoza, citado por: Gregorio Iriarte, *La globalización, el neo- liberalismo y la post-Modernidad*, ob.cit.,, p. 14.
15. La revista *Forbes*, fundada en 1917 por el periodista financiero de origen escocés Bertie Charles Forbes (1880-1954), se publica en Estados Unidos y está especializada en el mundo de los negocios y las finanzas. Cada año publica listas que despiertan gran interés en el medio de los negocios como *Forbes 400*, *Forbes 500* y *Fortune 500*. Anualmente, desde 1986, la revista publica su lista de las personas más ricas del mundo (*The World's Richest People*).

16. Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones o La riqueza de las naciones*, 1776.
17. John M. Keynes, *Essays on John Maynard Keynes*, Milo Keynes (Editor), Cambridge University Press, 1975.
18. Gregorio Iriarte, *La globalización, el neo-liberalismo y la post-modernidad*, ob.cit., p. 83.
19. El PNUD elabora *El Informe sobre Desarrollo Humano anual*, que centra el debate mundial sobre cuestiones clave de desarrollo, proporcionando nuevos instrumentos de medición, análisis innovadores y, a menudo, propuestas de política controvertidas. El equipo independiente de expertos que elabora el Informe utiliza la contribución de una red mundial de personalidades destacadas del sector académico, el gobierno y la sociedad civil que aportan datos, ideas y las mejores prácticas. Los países en desarrollo y sus asociados internacionales utilizan el Informe para calibrar los resultados y configurar nuevas políticas.
20. PNUD, *El Informe sobre Desarrollo Humano*, 1992, 291p.
21. *Ibídem*.
22. Alfonso Sastre, *De la posmodernidad a la Neohistoria*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 2007, p. 21.
23. *Ibídem*.
24. Ángel Lombardi, *Memoria del siglo XX*, ob. cit., p. 93.
25. *Ibídem*, p. 95.
26. *Ibídem*, p. 112.
27. Los checos y los eslovacos mostraban crecientes signos de independencia bajo el liderazgo de *Alexander Dubček*, cuyas reformas en materia de los

procesos políticos dentro de Checoslovaquia, a las que él se refería como “*Socialismo con rostro humano*”, no representaban una completa destrucción del viejo régimen. De todas formas, esto fue visto por los líderes soviéticos como una amenaza a su hegemonía sobre los otros estados de Europa del Este bajo el dominio de los líderes pertenecientes a la Guerra Fría y el periodo de liberalización política en Checoslovaquia llegó a su final el 20 de agosto de 1968, cuando 200.000 soldados y 5.000 tanques del Pacto de Varsovia invadieron el país. Las críticas desde Occidente fueron casi inexistentes; escritores de izquierda, como *Tariq Ali*, argumentaron que esto se debía a que los estados de Occidente veían en el socialismo humano y democrático de Checoslovaquia como un desarrollo hacia una tercera vía, una amenaza más grande al capitalismo que el comunismo soviético que, en gran medida, ya estaba muy desacreditado en 1968. Sin embargo, hubo protestas contra la ocupación en varios países, incluyendo en la Unión Soviética.

28. Con el nombre de *Mayo Francés* o *Mayo del 68* se conocen los acontecimientos sucedidos en Francia en la primavera de 1968. Todo se inició cuando se produjeron una serie de huelgas estudiantiles en numerosas universidades e institutos de París, seguidas de confrontaciones con la dirección de la universidad y la policía. El intento de la administración de *Charles de Gaulle* de ahogar las huelgas mediante una mayor carga policial contribuyó a encender los ánimos de los estudiantes, que protagonizaron batallas campales contra la policía en el Barrio Latino y,

- posteriormente, una huelga general de estudiantes y huelgas diversas secundadas por diez millones de trabajadores a lo largo de todo el país. Las protestas llegaron a tal punto que *De Gaulle* disolvió la Asamblea Nacional y se celebraron elecciones parlamentarias anticipadas el 23 de junio de 1968.
29. Véase al respecto: Friedrich Nietzsche, *Poesía completa (1869-1888)*, tercera edición, Madrid. Ed. Trotta, 2008; *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2007; *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza Editorial, 2006; *Nihilismo*, Barcelona, Ediciones Península, 2006; *Así hablaba Zaratustra*, colección Sepan Cuantos, México, Editorial Porrúa, 2006; *Sabiduría para pasado mañana*, Madrid, Editorial Tecnos, 2002.
30. Véase al respecto: Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Madrid, Ed- La Piqueta, 1979. Ensayos y entrevistas compiladas por Julia Varela y Fernando Álvarez- Uría; *Espacios de poder*. VVAA. Ensayos compilados por Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría., Madrid, Ed. de la Piqueta, 1981. Incluye el ensayo de Foucault “*La gubernamentalidad*”; Los juegos del poder en “*Políticas de la filosofía*”. VVAA. Compilado por Dominique Grisoni, México, FCE, 1982. Entrevista de JJ Brochier; *El discurso del poder*, México, Ed. Folios, 1983. Ensayos y entrevistas compiladas y presentadas por Oscar Terán.